

Tengamos sentimientos dignos de la nobleza de nuestro origen, de la sublimidad de nuestros destinos y de la grandeza del Rey inmortal que nos ha conferido sus intereses. Sirvamos á Dios con valor y con intrepidez, y la corona de los justos será algun dia colocada sobre nuestras frentes, y seremos puestos en posesion de una gloria y de una felicidad eternas.»

CAPÍTULO II:

Lacordaire.—Ravignan.—Paralelo entre estos oradores.

Lacordaire.

Afirma Mr. Lorain que Lacordaire desde su mas tierna infancia dió muestras inequívocas de llegar á ser un gran orador cristiano. A la edad de ocho años leia públicamente los sermones de Bourladoue, y todos se detenian con gusto para escucharle.

Juan Bautista Enrique Lacordaire nació en Mayo de 1802, en Recey-sur Ource, en la Bourgogne: en 1812 entró en el liceo de Lyon, de este pasó á la escuela de derecho de la misma ciudad, distinguiéndose por su aplicacion y despejado talento.

Habiéndose fundado en Dijou una academia con el título de *Sociedad estudiosa*, Lacordaire se señaló en primera línea en los ejercicios que en la misma tuvieron lugar: allí ensayó con gran fruto sus naturales disposiciones, allí se hizo aplaudir ya con entusiasmo. Recuerdo, dice Lorain, recuerdo to-

avía aquellas improvisaciones llenas de vivacidad, de ingeniosos argumentos, de recursos inesperados, de flexibilidad y agudeza; veo aquel ojo centellante y fijo, penetrante é inmóvil, como si tuviera el privilegio de descender á todos los dobles del pensamiento: oigo aquella voz clara, jadeante y trémula, que se embriaga consigo misma, abstraída y entregada del todo y sin violencia al inagotable vigor de su rica naturaleza. Recuerdo aquellas largas disputas no interrumpidas con los acostumbrados paseos de otros oradores: aquellas discusiones casi febriles y acaloradas á veces, que se animaban por grados hasta una especie de violencia, ó solían terminarse con ocurrencias oportunas, con graciosas peroraciones ó con espontáneas carcajadas. ¡Oh hermosos años, cuán veloces pasásteis! ¡preciosos y magníficos ejercicios que disponíais á la causa de Dios un incomparable atleta! Las tendencias oratorias de Enrique Lacordaire lo predisponían, sin que él lo notase, á adquirir un aire tan solemne, que reducido al recinto de una sala, hallábamos casi exagerado, y quizá algo declamatorio, pero que algun día debia hacer conmovér las basílicas cristianas.

Lacordaire, despues de haber concluido sus estudios, pasó á Paris á fines del año 1822, y agregado al colegio de abogados defendió muchas causas con un éxito notable. El célebre Berruyer le dijo un día que podia aspirar á colocarse en el primer rango del foro, si acertaba á evitar los peligros de la facilidad en la palabra.

Abríasele, pues, un magnífico porvenir, y sin embargo, Lacordaire experimentaba un indecible malestar. Me sentía, dice él mismo, débil, abatido y solitario en medio de tantos hombres. Lacordaire habia perdido gran parte de la fé; no

puede decirse que fuese un ateo, ni un furioso volteriano, como algunos han supuesto, sino un deísta. Habia llegado á imaginarse, quizá como otros muchos de su edad, que una democracia sin límites, una desmesurada igualdad y una vaga creencia en Dios, sin prácticas y sin cultos, son suficientes al hombre y bastan á la sociedad. Lacordaire no pasó nunca mas allá; ved aquí palabras suyas que confirman nuestra opinion: «Cada uno, decia, es libre para emprender un combate contra el orden, pero el orden no podrá ser vencido jamás. Yo comparo el orden á una pirámide que se levanta desde la tierra á los cielos; no podriamos estremecer su base, porque el dedo de Dios descansa sobre la cumbre.»

El mismo Lacordaire nos da á conocer por qué medios se sintió inclinado á la religion: en 15 de Marzo de 1824 escribia á un amigo suyo: «He llegado á las creencias católicas por medio de mis creencias sociales, y en el día nada me parece mas natural que semejante consecuencia. La sociedad es necesaria, luego la religion católica es divina, toda vez que es el único medio de conducir la sociedad á su perfeccion, aceptando al hombre con todas sus flaquezas y el orden social con todas sus condiciones.»

Lacordaire, lleno de tan profundas convicciones, no se limitó á practicar valerosamente los deberes del cristianismo, sino que renunció las esperanzas que el mundo le ofrecia, y se decidió á poner sus talentos al servicio de la Iglesia. Habiéndose ordenado sacerdote en 1827, fué nombrado para el humilde cargo de limosnero de un convento de la Visitacion, y en 1828 para el de capellan auxiliar del colegio de Enrique IV.

Por entonces estalló la revolucion de Julio (1830).

M. de Lamennais, cuya fama era ya universal, se hizo escritor político y fundó el *Porvenir*, periódico en que las cuestiones religiosas mas profundas y mas delicadas se trataron bajo el punto de vista de la libertad y de la emancipacion completa de la Iglesia. M. de Lamennais, que habia sabido rodearse de lo mas escogido de la juventud eclesiástica, se captó la voluntad del presbítero Lacordaire y le confió un puesto importante en la redaccion del *Porvenir*. En esta nueva lucha para los católicos, en que los escritores mas distinguidos trataban de romper las trabas del poder temporal, y combatian con varonil energia á los enemigos de la libertad religiosa, Lacordaire fué uno de los mas intrépidos publicistas. El fué quien escribió los mas delicados artículos sobre la supresion del presupuesto del clero y sobre la libertad de enseñanza; y él fué quien habló de la libertad de imprenta, del porvenir de Italia, de Polonia y de Bélgica. Sin embargo, entre todas las cáusticas peroraciones y violentos ataques que el polemista lanzaba sin repetirse nunca y con la escusable vehemencia de la lucha cotidiana, contra los galicanos, los filósofos, los ateos, los grandes, y hasta los reyes y los católicos tímidos, Lacordaire tenia siempre delante de sí la autoridad de ese Dios que debia ser el principio y el freno de la libertad. Ningun acto de violencia tuvo lugar sin que él lo combatiere; queria devolver á la religion su antigua popularidad, pero detestaba y combatia á los que, á pretexto de un desbordamiento general, destruian los altares, ultrajaban á los Obispos y menospreciaban las cosas santas.

Lacordaire pertenecia á la escuela liberal católica, á esa escuela que tantas simpatías ha sabido conquistarse en los espiritus de recta intencion y honrado proceder; escuela que se

ha desviado mas de una vez del buen camino, pero en el fondo de la cual hay elementos de vida, gérmenes fecundísimos destinados á producir ópimos frutos.

En España la escuela liberal católica tiene entre los jóvenes un gran número de admiradores, y en esto hallamos nosotros alguna esperanza en medio de los males que muy de cerca parecen amenazarnos. Muchos de los escritores distinguidos que se han lanzado á la defensa de ciertas ideas políticas que en este libro no entraremos á calificar, creemos que son mas católicos de lo que ellos creen. En el fondo de su alma, en el santuario de su conciencia no es fácil se hayan borrado las impresiones de la infancia, los consejos y las exhortaciones de sus madres; lo que hemos visto todos los dias, lo que nuestros padres practicaron es difícil se borre de la memoria, y creemos que esto bastará algun dia para traer al buen camino á los extraviados.

En 1831, habiendo sido calificado como subversivo un artículo del *Porvenir*, Lacordaire lo defendió ante el jurado y obtuvo un doble triunfo como autor del artículo y como orador: tambien habló con gran éxito en la cámara de los pares en el proceso de la escuela libre.

No tardaron en ofrecerse serias dificultades para la continuacion del periódico dirigido por M. Lamennais: no es de este momento referirlas: Lacordaire hizo un viaje á Roma en compañía de Lamennais y Montalembert, y á su regreso publicó un notabilísimo folleto titulado *Consideraciones sobre el sistema filosófico de M. Lamennais*, obra muy conocida y que es la confesion mas elocuente de los extravíos del gran orador que nos ocupa.

M. de Quélen invitó por entonces á Lacordaire á predicar

en Nuestra Señora: París corrió á oír al jóven periodista: Chateaubriand, Berryer, Victor Hugo, Lamartine, Arago, Cuvier, Cormenin y otros personajes notables acudieron á la célebre basilica; los pares y magistrados, los ministros y diputados, las escuelas de derecho y medicina, el profesorado, los periodistas y literatos, los políticos de todas las opiniones compusieron el auditorio de estas primeras conferencias: Lacordaire supo, á pesar de tantas dificultades, dominarlos á todos. Su presencia no producía una gran impresion; era de estatura comun, semblante pálido y enfermizo, voz ingrata y algo ronca; no parecía ser el soberano de la palabra, el rey de aquel auditorio frio, indiferente y acaso hostil por muchos motivos á la doctrina y á la persona del orador. He aquí, pues, un triunfo digno de llamar profundamente nuestra atencion.

Aquel sacerdote, que habia escrito mucho antes de subir á la cátedra de la enseñanza, que habia sido mucho antes combatido por los mismos que le escuchaban, sabe elevarse á tanta altura, que cuantos le habian leído y le juzgaban de cierto modo le hallaron superior á sus cálculos y esperanzas: sus mas encarnizados enemigos, ante las convicciones intimas, no ya del periodista hábil, sino del ministro del santuario, se sienten dominados por su palabra y se ven precisados á confesar su superioridad.

La juventud oye á Lacordaire y vé en él reunidos en un solo hombre al padre, al hermano, al maestro, al amigo y al juez; el orador se dirige á su inteligencia, á su razon, á sus pasiones; penetra unas veces en el santuario de la conciencia, otras en los mas recónditos arcanos del corazon; sabe sorprender á tiempo el vuelo de la imaginacion y los arranques de un orgullo mal entendido; ¿quién presta tantos elementos de

poder y de fuerza?... ¡Ah! los presta un remordimiento sincero, una retractacion espontánea: la esperiencia, la fé y el sentimiento se reunen, se enlazan y prestan vigor á la argumentacion, recursos á la caridad, espresiones oportunísimas al convencimiento y la razon.

El presbitero Lacordaire es, sin contradiccion, dice Henry, el primer predicador de nuestro siglo, aunque no sea un predicador modelo. Une á su gran saber las superiores dotes de la elocuencia; posee el don de conmover á las masas ilustradas; rasgos de inspiracion sublime, profundo conocimiento de la generacion actual y de las grandes cosas que le están reservadas; no se encierra en temas rebatidos y gastados; su forma literaria es nueva, incisiva y original, defiende la causa de Dios y la de los pueblos oprimidos, y lanza contra todos los despotismos anatemas abrumadores. Es por escelen- cia el predicador del catolicismo y de la nacionalidad francesa en el siglo XIX.

Despues de las primeras conferencias, Lacordaire, en materias ortodoxas, se hizo algo sospechoso, y desagradó á muchos el nuevo estilo que introdujo en la enseñanza católica. En esta época formó el proyecto de ir á Roma y revivir en Francia, con autorizacion del Soberano Pontífice, la orden de Santo Domingo. Era esto en 1839.

El 14 de Febrero de 1841 volvió á presentarse con la cabeza raspada y la vestidura blanca de los Dominicanos en el púlpito de Nuestra Señora, y trató magistralmente un magnifico asunto: *Los destinos de la nacion francesa en el mundo*. Oigamos el final de este discurso.

«No pudiendo ocultar faltas que todo el universo ha cono-

eido, decididos á confesar las nuestras, licito ha de sernos recordar de quién hemos recibido el ejemplo. En Inglaterra nació la incredulidad: Francia fué á buscarla á aquel país, y así que hubo traído el gérmen, el fruto maduró en nuestro suelo con una rapidez pasmosa y desconocida. Hasta entonces, cuando se atacaba la religion se hacia sériamente: el siglo XVIII la atacó en tono de burla. La sátira pasó de los filósofos á los cortesanos, de las academias á los salones; subió las gradas del trono, viósele en los lábios del sacerdote, y tuvo cabida en el santuario del hogar doméstico entre la madre y los hijos. ¡Y de qué, ¡gran Dios! os burlábais todos? ¡os burlábais de Jesucristo y del Evangelio! ¡Es esta la Francia!

¿Qué hará Dios?... Aquí, señores, entro por vez primera en los hechos contemporáneos; no se trata ya del pasado, sino de lo que nuestros ojos han visto. ¡Plegue á la sabiduría, de donde dimanan nuestras palabras, que yo no diga nada indigno de ser oído por vosotros, por tantas personas que estiman en mucho la verdad!

La Francia habia faltado á sus tradiciones y á su mision; Dios podia dejarla perecer, como á otros muchos pueblos caidos en el abismo por culpa suya. No lo quiso; resolvió salvarla por medio de una espiacion tan elocuente como grande habia sido su crimen. La dignidad real estaba envilecida: Dios la devolvió su magestad realzándola de nuevo sobre el cadalso. La nobleza estaba envilecida: Dios la devolvió su dignidad y la rehabilitó por medio del destierro. El clero estaba envilecido: Dios le devolvió el respeto y la admiracion de los pueblos, haciéndole sentir la espoliacion, la miseria y la muerte. La fortuna militar de Francia estaba envilecida: Dios la devolvió la gloria haciéndola triunfar en los campos de batalla. La dignidad pontificia habia sido menospreciada á los ojos de los pueblos: Dios la devolvió su divina aureola y la elevó por medio de la Francia. Un dia se abren las puertas de esta basílica, y un soldado se presenta en el umbral rodeado de ge-

nerales y seguido de veinte victorias. ¿A dónde vá? Entra, atraviesa con lentitud esta nave, sube hácia el santuario y se coloca delante del altar. ¿Qué viene á hacer el hijo de una generacion que se ha mofado de Jesucristo? Viene á postrarse ante el Vicario de Jesucristo mismo, viene á implorar su perdon, viene á pedirle que bendiga sus manos, á fin de que el cetro no sea escesivamente pesado para el que supo manejar tan hábilmente su espada; viene á inclinar su cabeza militar ante el anciano del Vaticano, y á confesar que la gloria sin la religion no es bastante para consagrar un emperador. A pesar de todas las apariencias contrarias, aquel ilustre guerrero habia comprendido que el soplo divino no se habia retirado aun de nuestra pátria; tal es, señores, el verdadero distintivo del genio; no detenerse en la superficie de las cosas, ir al fondo y sorprender lo que en el mismo se esconde á las miradas de la multitud. Esto es verdaderamente gobernar los pueblos, no ceder á las tendencias torcidas y revelarles lo grande y bueno que aun les resta. Así salvó la Francia; así realzó todo lo que esta habia abatido, engrandeciéndola con la magestad de la espiacion y la desgracia.

Un pueblo tratado de esta manera, ¿es un pueblo abandonado? ¿No está visiblemente sobre nosotros el signo de la resurreccion? Contad, si podeis, las obras santas que de cuarenta años á esta parte levantan en nuestra pátria su tallo floreciente. Nuestros misioneros se hallan en las escalas de Levante, en Armenia, en Persia, en las Indias, en China, en las costas del Africa, en las islas de la Oceania; en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios del país que los derrama por el mundo. Nuestro oro circula tambien por todo el universo en servicio de Dios; nosotros hemos fundado la asociacion para la propagacion de la fé, este tesoro del apostolado, sacando recursos hasta del bolsillo del pobre, que todos los años lleva positivos donativos á las misiones mas lejanas. Los hermanos de las escuelas cristianas, vestidos con su sencillo hábito, atraviesan continuamente las calles de

nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibian con demasiada frecuencia, no encuentran sino las benévolas miradas del obrero, el respeto de los cristianos y la estimacion de todos.

Apóstoles oscuros del pueblo de Francia, crean sin estrépito, uniendo á Dios por medio la enseñanza elemental, una generacion que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. La infancia no es la única que recibe sus lecciones; pues han llamado á sí al adulto y reconciliado la capucha con el vestido de sayal, la tosca mano del jornalero de la tierra, con la modesta del trabajador religioso. ¿Quereis ver un espectáculo todavía mas consolador y que carecia de ejemplo en la antigua Francia? Mirad ahí esos adolescentes, esos estudiantes, esos jóvenes que comienzan sus carreras civiles ó industriales, sin distincion de nacimiento ni de fortuna. La caridad cristiana los ha reunido, no para asistir al pobre con un dinero filantrópico, sino para visitarle, para estar junto á él, ver y sentir sus miserias, y proporcionarle, juntamente con el pan y con el vestido, el piadoso consuelo de su amistad. Cada ciudad, bajo el nombre de conferencia de San Vicente de Paul, posee una fraccion de esta jóven milicia, que ha puesto su castidad bajo la salvaguardia de su caridad; la mas hermosa de las virtudes, bajo la mas hermosa de las custodias.

¿Qué beneficios no atraerán sobre Francia estos escuadrones jóvenes cuyo distintivo es la pureza y la fraternidad en favor del pobre? Con igual ardor que nuestros padres combatian en otro tiempo á los infieles en tierra santa, combaten hoy la incredulidad, la intemperancia y la miseria en esta tierra no menos santa de la pátria. Proteja esta con el reconocimiento su libertad, y vosotros, señores, reunidos aquí precisamente en favor de esta obra, no considereis en vuestros beneficios á los pobres que aguardan su socorro, sino la mano que os estimula en favor de ellos. Pagad á un tiempo en la

limosna un doble tributo, el de la caridad y el de la admiracion.

No he concluido, señores, de deciros todas las causas de esperanza que regocijan en nuestro país el corazón de los cristianos. ¿Dónde se ha refugiado, decidme, la penitencia cristiana? ¿Dónde descubriréis, en el resto del mundo, nada que iguale la soledad, el trabajo y la austeridad de la Trapa? Despues de haber andado errante por espacio de veinte y cinco años desde Suiza á Austria, desde Austria á Rusia, y desde Rusia á Prusia, victima en todas partes de una hospitalidad pasajera y nada afectuosa, la Trapa volvió á Francia, su cuna, y bajo la proteccion de la libertad comun ha multiplicado sus casas, de modo que en ningun tiempo la virtud de la cruz ha florecido mejor, ni mas estensamente que bajo la fecunda capilla de estos sucesores de San Bernardo y de Rancé. ¿No veis tambien resucitar bajo todas las formas el espíritu monástico, este espíritu que se apagaba en la antigua Francia, aun antes que leyes usurpadoras hubiesen herido con la piqueta los antiguos claustros tan queridos de nuestros abuelos? Los Cartujos, los Jesuitas, los Capuchinos, los Benedictinos, traen á Francia su abnegacion, multiplican la oracion, la ciencia, la palabra divina, la contemplacion y la accion, el ejemplo de la pobreza voluntaria y el beneficio de la comunidad. Y aun hoy ante esta muchedumbre que me escucha y que no estraña mis palabras, se presenta sin osadía y sin temor la capucha secular de Santo Domingo.

¿Qué podré pensar, qué podré deciros acerca de las casas religiosas, donde las mujeres han reunido sus virtudes bajo la tutela de la pobreza, de la castidad y de la obediencia? Aquí no nos será posible enumerar todas las órdenes y todas las obras. La caridad ha puesto el dedo sobre toda clase de necesidades; tiene mano para todas las miserias y para todas las heridas. ¡Hay un solo escándalo desde hace cuarenta años, una queja ó un murmullo! La libertad ha sido mas fecunda que las antiguas costumbres feudales, y ha sacado de las fa-